

LA COPLA JIBARA

Luis Llorens Torres

¡Ay! ¡Nuestra montaña canta!...

En la paz nocturna, cuando el bosque ronca su letargo, y el río hila su insomnio, y la rubia choza se arrodilla ante la inmensidad, y el coquí clava en el silencio sus dos gritos de plata, y la tierra mira al cielo con sus mil ojos de flores y el cielo mira a la tierra con sus mil ojos de estrellas, y suena la hora de la copla honda... salta entonces de la garganta de la sierra un lamento, una plegaria, un sollozo: la décimo jíbara, nuestra copla, la vieja copla de cuatrocientos años.

La reza la jíbara triste. Para encender la pálida telaraña de su amor. Para endulzar el chorro de su pezón en la boca del nene. Para devolver al cielo el rayito de luna que la besa en el bohío.

La trova el carretero de la media noche, en el trillado camino rural, al lento paso de su yunta de bueyes, y al golpe sonoro de las ruedas de su carro.

La canta el immaculado jíbaro, junto a la puerta del hogar. Para teñir su canosa amargura de colono. Para empolverar de harina de ensueños la barba de su viejo dolor.

La repica la campana de cristal de nuestra raza. Cristal inquebrantable que no han podido rayar los diamantes del anillo con que el burlador de América está rayando la doncellez espiritual del mundo.

¡La copla jíbara! La canta el alma ancestral del pueblo. Mana de la pura fuente de la espiritualidad puertorriqueña. Vuela en las alas del rústico cuatro. Desgarra, al volar, el romántico nido de recuerdos que murieron para siempre y de esperanzas que jamás han de vivir. Y parece que es nuestra montaña la que canta, la que solloza, ¡ay!, como si tuviera corazón.